
LIBROS

VERAZ Y SIN MIEDO

Este libro no se escribió para partidarios, tampoco para seguidores. No dice a la gente lo que quiere oír. Da argumentos incómodos a los ciudadanos sobre temas políticos, educativos y culturales de nuestro tiempo que conviene conocer.

JULIÁN SAUQUILLO

Fernando Savater, *Solo integral*, Ariel, Barcelona, 2021.

El francés Michel Leiris caracterizó la escritura literaria como una actividad peligrosa. El escritor debía poseer una tensión semejante a la de torero frente al pitón del toro. Desde la antropología y la historia del arte, *La literatura como una tauromaquia* (1939) hacía de la literatura una actividad sin trampa ni cartón. La regla de la tauromaquia persigue esencialmente que el hombre se obligue a ponerse en peligro, con una indispensable técnica, y evitar que el duelo sea grosero. No se trata de deshacerse del adversario de cualquier manera. La tensión que se da requiere de un elemento estético. Los pies inmóviles facilitan una unidad de capote con el animal, masa cornuda y torero con carácter escultural. Quien escribe con este temple del torero asume la literatura como un género mayor. El cuerno está

presente de una u otra forma toda vez que el autor hace una confesión o se manifiesta subversivo. El escritor asume un compromiso frente a los otros hombres. El humor o la locura resuenan ante la tragedia humana. Si el escritor sigue su hilo de Ariadna desempeña una literatura “auténtica”. El escritor ilumina las cosas para sí y las hace comunicables a los demás: procurará que “su palabra, sea cual sea el modo en que la transcriba al papel, sea siempre verdad.” Entonces, se podrían repetir autobiografías descarnadas como la *Edad del Hombre* del propio Leiris o *Coto vedado* de Juan Goytisolo. Literatura sin tapujos, literatura taurina. El comportamiento veraz no resta miedo al consiguiente peligro de ofrecerse al público, de confesarse abiertamente. Todo el ruedo te observa ante el peligro sin artificios. Al torero Juan Belmonte –maestro de literatos– le preguntaron cómo era que no tenía miedo al toro y contestó: “¿Cómo, que yo no tengo miedo al toro? Si, cuando estoy en el túnel del paseillo, me quedo pálido y sólo pienso en darme la vuelta e irme a mí casa”. El miedo no deja de estar presente, pero es lo único que se disimula.

Solo integral es la escalada sin cuerda y sin arneses que Savater utiliza como metáfora del esfuerzo solitario del escalador, semejante a la del torero en la arena, ambos familiarizados con el peligro de la fatal caída o de la cogida. El esfuerzo arriesgado del escalador da título a este libro. No me queda duda de que Savater encontrará lectores que deseen acompañarle, con este sugestivo *Solo integral*, en otra escalada más colectiva, con cuerda y piolet. Savater acude a la metáfora extraordinaria del peligroso equilibrio en el aire también de la trapecista Pinito del Oro en “Circo”. Dispuesta a todo, se tuvo que enfrentar incluso a mayores e inadvertidos riesgos preparados por codiciosos empresarios¹. Pero Savater, en “Toros”, hace una razonada defensa de los toros y señala que desprejuiciados franceses acabarán salvando la fiesta de los toros. Fernando Savater lleva mucho tiempo, en mi opinión, encarando al toro de la opinión pública, cada vez más torva y resabiada. Así lo hace, incluso antes de la publicación de *La*

1 Existe un fantástico documental sobre el trapecista Philippe Petit, que cruzó, con envidiable destreza, la distancia entre las azoteas de las Torres Gemelas: *Man on wire* (2008).

● Dice hacer un ‘striptease de ego’. Las columnas de ‘El País’, ahora bajo su revisión en unas codas tituladas *Col tempo* (Con el tiempo), se presentan como los diarios autobiográficos que no escribirá

infancia recuperada (1976), *La tarea del héroe* (1981) e *Invitación a la ética* (1982), en periódicos, revistas y otros medios informativos.

Durante muchos años, no podían faltarle cambios de opinión y oscilaciones existenciales. Pero siempre lo hizo verazmente. Atribuirle veracidad no significa que tenga razón siempre. Significa que opina con autenticidad. No creo que él pretenda llevar razón. Tampoco creo yo que la lleve siempre. Es un pensador reflexivo y no un adivino. Le basta con razonar con todos.

No “lleva razón”: razona. Ya se ocupa de advertir que “la filosofía funciona con argumentos, nunca definitivos”. Persuade, no demuestra. Y lo hace con “brevelocuencia” o elocuencia breve, muy socrática, sin artificios conceptuales o retruécanos académicos propios de un pedante. Ya en “Más breve” hace su particular elogio de la concisión al ensalzar al telegráfico Félix Fénéon. Igual empieza *Solo integral* con una común entrada de la Wikipedia que hace una despedida con el más sublime Guillaume Apollinaire. Nunca abandona una voz personal. Tampoco se esconde tras las opiniones más insignes. Dice hacer un “striptease de ego”. Las columnas ampliadas de *El País*, ahora en *Solo integral* bajo su revisión en unas codas tituladas *Col tempo* (Con el tiempo), se presentan como los diarios autobiográficos que no escribirá. *Solo integral* reúne sesenta y tres colaboraciones cortas, casi siempre con un título de una palabra, como mucho, y pocas veces, dos.

Más individuos, menos moldes

Su exposición, anterior, al peligro de ETA y, hoy, a sus adláteres sempiternos; su rechazo a Torra y el desigualitario separatismo catalanista (la JOA, “Jodida Obsesión Antiespañolista”); su fijación crítica y sarcástica con el gobierno de Pedro Sánchez y Podemos; su cuestio-

namiento de la cancelación de manifestaciones culturales y artísticas como una forma nueva de tenaz y amplio puritanismo; su discusión con toda forma de identidades colectivas fijas y excluyentes (aún con rostro liberador); su sarcasmo con los animalistas (especialmente con la ocurrencia de Pablo Iglesias de una Dirección General de los Derechos de los Animales); su crítica del holismo que encierran todos los “ismos”, por destacar solamente algunas de sus discrepancias, le ponen ante una posición singularmente dificultosa y valerosa. Creo que sus abiertas decantaciones electorales o afinidades políticas personales –por Isabel Díaz Ayuso, Cayetana Álvarez de Toledo y Santiago Abascal en el País Vasco– le situaron, si cabe, ante una mayor exposición social. Pero tales declaraciones de voto no le dan acomodo político alguno, que, subrayo, no busca. Es demasiado blasfemo desde pequeño y excesivamente procaz en materia de libertad sexual (soñada o practicada) –miembro de la JOS (“Jodida Obsesión Sexual” no solo en la cárcel de Carabanchel), según “Muy tarde”– para encontrar sitio en la derecha. Su puesto está en unas ya utópicas nubes, UPyD y C’s.

Fernando Savater quiere acabar con el “marbete” de la derecha y la izquierda en *Solo integral*. La realidad política se sustenta, para él, sobre el trípode: capitalismo, socialdemocracia y liberalismo; y las oscilaciones electorales sobre los dos últimos puntales le resultan inevitables. Se sitúa en el centro y alejado de los extremos populistas de uno y otro signo: “Solo los llamados centristas asumen como inevitable el trípode y no fingen estar deseando cojear de algún extremo” (pág. 266). Desmantela que los excesos de VOX sirvan para atizar el miedo al Coco y la entrega de todos los incautos en los brazos de una izquierda que incurre en embaucamientos. En un momento, señala: “No sé quiénes son más de temer, si los que dócilmente le dan la razón al Gobierno, aunque se equivoque o los que reniegan y maldicen contra él aunque acierte” (pág.178). Su posición es el centro y subraya la deuda pendiente de la izquierda con la tercera España de Chaves Nogales, Clara Campoamor o Morla Lynch, en la línea de Tripiello. Desaprueba tajantemente un gobierno socialista que dependa de unos y otros independentistas. Se revuelve contra los que tienen

● **Se extendió un ‘cartesianismo vulgar’ en nuestros días: mojarse en la turbia corriente de la actualidad inmediata con ‘pronunciamientos’ y no meterse en el innecesario laberinto de los pensadores clásicos**

“la fe del carbonero en la izquierda” y viven del pasaporte subvencionado de revolucionario. En *Solo integral* es diáfano con su posición política. Pero se sabe muy desafecto a todos, incluso a sí mismo, para hechizar. Su desafección política hacia unos y otros estimula su defensa del cumplimiento de la Constitución del 78 y las leyes iguales para todos. Todas sus críticas, acarreadas desde una opinión libre de lastres, le exponen a ese griterío masivo que Roberto Rossellini calificó de reacción

de “enjambre” a picar al que remueva las geométricas celdillas de las abejas, en *Un espíritu libre no debe aprender como un esclavo* (1977), libro titulado con una frase bien significativa de Platón.

Pensar el presente desde el ayer

Creo que siempre estuvo en el mejor liberalismo político –el de John Stuart Mill de *Sobre la libertad* (1859) que Savater considera la mejor entrada a la filosofía. Mantiene esa discrepancia con el poder social que, ya en el siglo XIX, podía ser más opresivo que el poder político. Lo hace con contundencia y mucha ironía, con respeto y, a veces, incluso, con cierta compasión. No hay verdad social alguna, por provisional que sea, si no es por confrontación de ideas. He aquí su valor. Savater es la “planta rara” que sería penoso perder por el peso aplastante de la unanimidad del mundo, plasmada en las nuevas ortodoxias actuales: Twitter y otras redes sociales tan desaconsejadas, por ser una ciénaga, en “Caca”. Savater acierta dentro de la opinión pública por poseer una dimensión diferente. Se extendió un “cartesianismo vulgar” en nuestros días: mojarse en la turbia corriente de la actualidad inmediata con “pronunciamientos” y no meterse en el innecesario laberinto de los pensadores clásicos. Descartes diría basta una buena estufa al lado y un método bien ordenado sin mirar

al pasado. Uno se puede perder si lee mucho hacia atrás. Resultado inesperado por el clásico francés: demasiada falta de ilustración en las redes sociales sobre nuestros antecedentes y mucho topicazo de hoy. Los indeseados partidarios de Descartes se conforman con *personal computer*, seguidores a base de colgar fotos de gatos y muchos “me gusta”. Contra esa corriente de vulgarización cultural, Fernando Savater, en *Solo integral*, hace, en cambio, “loor de la lectura”. Entra en la actualidad a saco. Lo hace con un infrecuente fondo cultural de autores de todas las épocas: Virgilio, Wilde, Bergamín, Nietzsche, Voltaire, Rand, Baroja, Melville, Erasmo, Ciceron, Marx y muchos otros. No se trata de apabullante erudición sino de la cualificación de un punto de vista agudo sobre la actualidad.

Su versión pública y la imagen privada que ofrece no se hunden en la pena. Cada marzo, recuerda también en *Solo integral* a Sara Torres, pero remonta la tristeza. Pervive en él todo un mundo infantil risueño, imaginativo y gozoso. Las ferias, los zoos, los zombis, los comics, las lecturas, los caballos, los desengaños, las reivindicaciones constituyen una sensibilidad desde la que propugna un mundo más razonable, más igual, más justo y más alegre. *Solo integral* levanta acta de esta propuesta personal y colectiva. No se la pierdan. 🐾